

Amelina Correa Ramón (2019): «¿Qué mandáis hacer de mí?»: *Una historia desvelada de relecturas teresianas en el contexto cultural de entresiglos*, Iberoamericana/Vervuert, Madrid/Frankfurt am Main, 278 pp.

Amelina Correa Ramón, siguiendo la estela de todos sus trabajos, nos deja aquí un libro apasionante, erudito, magnífico. Un libro que produce placer en la lectura no solo por lo que se aprende sino por cómo se escribe: casi diríamos que es este un ejemplo de ese placer de la escritura que desveló Roland Barthes y que el texto de Correa Ramón destila por todas partes con la belleza de su estilo. Un libro que, además, va anunciando siempre lo que viene después y que por tanto se convierte en una unidad cerrada, coherente, como un tapiz tejido con laboriosidad y amor. En este sentido, en cuanto al contenido, aunque este tema ha sido tratado en otras ocasiones, y aunque la propia Amelina Correa había realizado calas en él en trabajos más breves, este libro es el compendio más completo de lo que se puede esperar de la relectura teresiana en esas fechas y, por tanto, se convierte en una obra imprescindible.

El asedio a las relecturas de Teresa en el periodo del que Correa Ramón es especialista es múltiple y deja poco resquicio a la duda: empieza por lo más conocido, la histerización de su figura y de paso de todas las místicas, sobre la que también trabajó Cristina Mazzoni en su monografía *Saint Hysteria: Neurosis, Mysticism, and Gender in European Culture* (1996). Para todo lector curioso por las consecuencias de esta relectura está el primer capítulo repleto de anécdotas y episodios impresionantes, como el de la muerte de Catulle Mendès (cuya obra teatral teresiana encabeza la monografía) en las vías de un tren, o la triste suerte de la chilena Teresa Wills Montt, “Teresa de la Cruz” (quien nos recuerda muchísimo en esto a la novelesca Anna Karenina o a la real María Teresa León por la separación forzosa de sus hijos). La relectura de Edmond Cazal (1921) es terrorífica, y si este autor hubiera leído las

consecuencias de la brucelosis que padeció Teresa en el libro *Las enfermedades de Santa Teresa* de Avelino Senra Varela (2015) hubiera dado pie a nuevas especulaciones. En este sentido, sin duda, las notas a pie de página de Correa otorgan detalles curiosos e interesantes y por ello se aconseja al lector no perder ni una (ahí está la nota 13 del capítulo primero), sobre todo para entender lecturas de mujeres planteadas como histéricas por autores como Clarín con La Regenta (quien tiene un arrebató tras beberse una copa de cumín y leer a San Juan) o Armando Palacio Valdés en *Marta y María* (un libro que se olvida demasiado) a través de la lectora María. Ahora bien, si en el XIX se entiende el fenómeno visionario femenino desde conceptos médicos como la histeria y parece claro que muchos autores del Naturalismo prefieren a la mujer realista y hacendosa a la soñadora y mística, no sucede igual con las corrientes de fin de siglo, y el espiritismo, entre ellas, busca hablar a través de la visionaria Santa Teresa.

En este sentido, el segundo capítulo plantea algo importante, el hecho de que la heterodoxa Amalia Domingo Soler impersone o dé voz, a través del contacto con los espíritus, a una santa católica. Y lo más interesante es que el libro *¡Te perdono! Memorias de un espíritu* (1904-1905) tuviera tanto éxito y dejara tanto eco de respuestas, como en una cadena de transmisión conflictiva (en el sentido de que plantea posturas en tensión). Desde luego, este libro tiene enjundia, por cómo presenta a la santa abulense, quien se une en el círculo de interlocutores de las «mesas parlantes» a Mozart, Galileo y Jesucristo (p. 77) y a la que se le plantean relaciones amorosas con Jerónimo Gracián (p. 177). Pero además Domingo Soler se nos dibuja como una mezcla de santa laica (p. 110) —ampliando, por tanto, la figura del médico planteada por Galdós— y personaje feminista que se dirige a un círculo de mujeres a través de sus muchas publicaciones periódicas (p. 125), las cuales, por cierto, no le impidieron tener una existencia precaria. Por otro lado, Domingo Soler posee una visión muy avanzada para la España de su tiempo (como muestra su oposición a la pena de muerte, aunque ya aventurada por algunos románticos), lo cual, sumado a los rasgos anteriores, sin duda le confiere una gran actualidad. No hay duda de que Correa Ramón se ha convertido en la máxima especialista de esta escritora (de quien ha publicado sus cuentos) y como tal leemos con mucha atención la nota 33 del capítulo segundo, que se dedica a matizar de manera convincente conclusiones no pertinentes de otros investigadores.

En la cadena de relecturas de Amalia, tras la de Teresa planteada en el primer capítulo, llegamos incluso a García Lorca (otro autor abordado por Correa a lo largo de su carrera) a través del pintor José Blanco Coris (p. 205), con su intrigante obra *Santa Teresa, médium* (1920), que Amelina Correa contextualiza con la obra de León Denís sobre Juana de Arco. La última cala del estudio se hace en la obra del Padre Eusebio del Niño Jesús, *Santa Teresa y el*

*espiritismo*, de 1927, donde este religioso rebate en dos voluminosos tomos de casi mil doscientas páginas la tesis de ciento treinta y tres páginas de Blanco Coris (p. 240). Lo interesante es que el recorrido de este libro es también el de Correa Ramón: «De este modo, recoge las graves ofensas infligidas por autores que ya han sido aquí contemplados, como Catulle Mendès o Edmond Cazal» (p. 242), para pasar luego a Blanco Coris o Amalia Domingo, cuyas obras convencen al Padre Eusebio todavía menos que las anteriores, pues, aunque abordan a Teresa como *cuervo*, estas la tratan solo como *espíritu*. El Padre Eusebio perderá la vida por un anticlericalismo que acentuó la Guerra Civil y Amelina Correa acaba así bellamente su libro:

Así pues, la productiva cadena de relecturas teresianas que durante varias décadas, y en el marco del espiritismo finisecular, habían ido entrelazándose y estableciendo fecundas relaciones intertextuales, en un complejo marco estético, ideológico, histórico, religioso y filosófico, encuentran de este modo un abrupto final marcado en negro y rojo, que implicará un silencio del que apenas comienzan ahora a emerger, rompiendo al fin el velo del silencio.

Finalmente, debo decir que la edición del monográfico, como todas las que lleva a cabo la editorial, es cuidada e impecable. Creo entonces que solo podemos verbalizar un *chapeau*, y esperar que Amelina Correa Ramón siga deleitándonos en años venideros con investigaciones igual de apasionantes.

Rebeca Sanmartín Bastida